
Testimonio: Devenir sociólogo entre tormentas y continuidades. Un recuento cincuenta años después

Testimony: Becoming a Sociologist Amidst Storms and Continuities. A Retrospective Fifty Years Later

Guillermo Uribe¹

Resumen | En la mañana del martes 11 de septiembre de 1973 me disponía a partir a mis cursos a la escuela de sociología de la Universidad de Chile, cuando escuché en la radio que se desarrollaba una intervención militar. Se pedía a los ciudadanos no salir a la calle y esperar instrucciones. Comprendí porqué había aviones que pasaban y se escuchaban explosiones lejanas. Mi primera reacción fue partir a la Universidad creyendo que otros estudiantes llegarían igualmente y tomaríamos decisiones colectivas. Fui a pie, como siempre, pues vivía muy cerca. El campus del Pedagógico estaba cerrado y ocupado por militares que llevaban un brazalete amarillo. Yo era el único estudiante y la única persona presente frente a ellos. Me fui a casa. Así terminaron brutalmente mis estudios de sociología en Chile. En ese momento cursaba mi segundo año.

Algunos años más tarde, sustentaba el doctorado de sociología en Francia y me integraba al cuerpo profesoral universitario. Este recorrido no fue un simple camino académico sino un combate múltiple: salvar la vida, abandonar la vivienda, obtener refugio, recomenzar en el extranjero, aprender verdaderamente otro idioma y descubrir otro mundo académico.

En estos cincuenta años construí mi universo de sociólogo y tuve la oportunidad de experimentar distintos sistemas de enseñanza, diversos objetos, diferentes posturas conceptuales y métodos disímiles en los dos países. Fue también un periodo de múltiples experiencias intelectuales, humanas y universitarias.

Cincuenta años después de esta ruptura en Chile, el testimonio que hoy escribo es un recorrido vivencial que me hizo sociólogo y profesor de la disciplina.

Palabras clave | Sociología, Chile-Francia, exilio, golpe de estado, devenir sociólogo

Abstract | On the morning of Tuesday, September 11, 1973, I was getting ready to go to my classes at the School of Sociology at the University of Chile when I heard on the radio that a military intervention was taking place. Citizens were advised not to go out into the streets and to await further instructions. I understood why there were planes flying overhead and distant explosions could be heard. My initial reaction was to go to the university, believing that other students would also show up, and we would make collective decisions. I walked there, as usual, since I lived very close by. The Pedagogical campus was closed and occupied by soldiers wearing yellow armbands. I was the only student and the only person present in front of them. I went back home. That's how abruptly my sociology studies in Chile came to an end. At that time, I was in my second year.

1 Profesor honorario de sociología, Grenoble Francia. guribes@hotmail.com

A few years later, I earned a Ph.D. in sociology in France and joined the university faculty. This journey was not just an academic path but a multiple struggle: to save my life, leave my home, seek refuge, start anew abroad, truly learn another language, and discover another academic world.

Over these fifty years, I built my universe as a sociologist and had the opportunity to experience different educational systems, diverse subjects, different conceptual approaches, and varied methods in the two countries. It was also a period of multiple intellectual, human, and university experiences.

Fifty years after this rupture in Chile, the testimony I write today is a lived journey that made me a sociologist and a professor in the field.

Keywords | Sociology, Chile-Francia, exility, putsch, becoming sociologist

Mi búsqueda en un mundo agitado

El contexto

Esta senda comienza para mí, influenciada por los grandes movimientos sociales, políticos y culturales de los años sesenta, en particular en América Latina.

En efecto, esa década fue un momento de grandes rupturas en el mundo entero. Una revolución mundial recorrió las artes, las sociedades, la política....

En esa época, la juventud estudiantil se manifiesta en Europa, en América, en Asia o en África, de forma diferente pero concordante. El mayo de París, el abril de Praga, el octubre de Méjico se hacen mundiales en 1968 y en muchos otros países la juventud también está en la calle. Muchas gestas de la época marcaron la historia: la obtención de los derechos cívicos en Estados Unidos, el primer hombre en el espacio por la Unión Soviética, el primer alunizaje por los Estados Unidos o las independencias en África. Como joven estudiante latinoamericano, no podía permanecer indiferente a los movimientos estudiantiles de aquí y allí, a la guerra de Vietnam, a la revolución cubana o a los nuevos fenómenos culturales. En esa época, los colonialismos, los imperialismos y la opresión se enfrentan con combates renovados. Veinte países africanos obtienen la independencia en diez años. Otras guerras y resistencias tienen lugar en Asia, África y el Oriente Medio. La guerra de Vietnam es la más importante desde la segunda guerra mundial y se estuvo al borde de una nueva guerra general con la crisis de los misiles en Cuba. En Estados Unidos, Luther King y Kennedy son asesinados. En América Latina la violencia se acrecienta bajo formas diversas. Cuatro países conocen un golpe de Estado y aparecen más de veinte guerrillas en diez años.

Los años sesenta, década prodigiosa

Esa década que cambió al mundo fue un gran momento de múltiples transformaciones. Todo sucedía como si un mundo terminara y otro comenzara. Los adjetivos se multiplicaban para evocar esa “década prodigiosa” llena de creatividad, de audacia y de inventiva. La iglesia católica realiza el Concilio Vaticano II que le permite actualizarse de varios siglos.

Pero la revolución es también moral, sexual y política. Se inventó la píldora contraceptiva, la minifalda, el rayo láser² el corazón artificial ... Fue la época en que surgieron: la “nueva ola”, el yeyé, la contra cultura hippie, el pop art... La juventud encarna la revolución política, esencialmente inspirada de formas anarquistas o del marxismo y sus diferentes interpretaciones. Nació así un conjunto inédito de jóvenes héroes mundiales en distintos sectores: Jimmy Hendrix, Mohamed Ali, Elvis Presley, Marilyn Monroe, Yury Gagarin, Fidel Castro, Che Guevara, Frantz Fanon, Patrice Lumumba, Amílcar Cabral, Léopold Senghor, Rolling Stones, los Beatles y otros cuantos, cada uno encontraba el suyo.

² Caso de competición tecnológica entre los Estados Unidos y la Unión Soviética: el premio Nobel por el láser, fue acordado en 1964 a dos investigadores soviéticos y a un norteamericano.

América Latina en convulsión

En América Latina, las revoluciones fueron principalmente culturales y políticas. El auge musical local que se difundió rápidamente, era inédito: fueron los “años maravillosos de la canción social” que invadió al continente, de Cuba a la Patagonia. Música que denuncia, cuestiona y es fuerza de proposición. Carlos Jobim y Vinicius de Moraes, difunden una nueva música: la bossa nova que el mundo acoge pronto. Pero los brasileños Lucio Costa y Oscar Niemeyer impresionan al mundo entero construyendo una gran ciudad en tres años, su nueva capital en un desierto. Su fabulosa arquitectura y su urbanismo no tienen par. En el aspecto político, la época fue marcada por la revolución cubana lograda por las armas, victoria que condujo a la creación de guerrillas revolucionarias a lo largo del continente. En ese momento tomó fuerza la idea de que los cambios políticos y la justicia social debían ser conquistados por las armas.

La palabra revolución adquirió un enorme valor simbólico y cubría el conjunto de reformas necesarias que conducirían a una sociedad más justa. Tanto valor había adquirido que en *Colombia* una corriente del tradicional Partido liberal se denominó Movimiento Revolucionario Liberal y en Chile la palabra fue utilizada por un nuevo partido Demócrata Cristiano, que propuso en 1964 la “revolución en libertad” para efectuar reformas y obtuvo el poder. Pero la gran transcendencia de Chile consistió en la toma del poder revolucionario en 1970 por la vía electoral y no armada. El país se singularizó rompiendo con las vías necesariamente violentas de la época.

Chile se convierte entonces en un centro de interés para observadores del mundo entero y en particular de América latina. Es así como acuden a Chile numerosos estudiantes latinoamericanos atraídos por este nuevo espacio de innovación, solidario y acogedor.

Mi camino hacia la sociología

El comienzo en Chile

Llegué a Chile por primera vez de forma completamente inesperada. En 1968, cursaba estudios de ingeniería en Colombia y deseaba pasar a ciencias sociales y filosofía. En efecto, deseaba comprender la vida en sociedad, la idea de sociedad misma y este mundo en efervescencia. Mis deseos se confundían entre la antropología social, la filosofía y la sociología. Finalmente me decidí por ésta última y mientras esperaba la fecha de ingreso, participé en una colonia vacacional juvenil en el campo. Allí, tres diplomáticos chilenos vinieron a entrevistar individualmente a jóvenes estudiantes. Lo hacían en varias regiones del país. Sentado en el césped conversé con ellos, me hacían preguntas que no recuerdo hoy. Finalmente hice parte de cinco estudiantes colombianos invitados a Chile, con otros, procedentes de varios países de la región, para seguir un curso de desarrollo social durante tres meses en Santiago. Una vez allí, supimos que a uno de ellos se le daría una beca de dos años para proseguir en el Instituto Latinoamericano de estudios sociales (Ilades). Me escogieron a mí y recibí la recompensa con gran placer, pero en realidad no era mi proyecto.

Yo sabía que Chile era un país políticamente estable por lo cual la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL) había sido instalada allí desde su fundación en 1948. Este

organismo bien conocido promovía, a partir de la teoría de la dependencia elaborada por su director Raúl Prebisch, una política económica keynesiana basada sobre la acción del Estado y la industrialización desarrollista. Pero una vez en Chile descubrí que la Escuela de economía de Chicago, de línea ultraliberal dirigida por Milton Friedman y radicalmente opuesta a la Cepal, estaba también implantada en Chile desde los años cincuenta. El país era entonces un lugar de enfrentamiento de dos teorías capitalistas mayores. Por mi parte, mi deseo era integrarme directamente a los estudios de sociología en Colombia.

Regreso a Colombia

Después de año y medio de estudios en ese Instituto, volví a Colombia en donde rápidamente conocí al gran sociólogo colombiano, Orlando Fals Borda quien, separadamente de la universidad, propiciaba un programa de estudiantes voluntarios que iban a vivir en el campo para ayudar a campesinos que serían favorecidos por la reforma agraria. La idea me sedujo y me integré al proyecto. Esta experiencia de “terreno” me permitió ver a los agentes del Estado con los ojos de los campesinos y a los campesinos con admiración. No hacíamos parte del personal del ministerio y efectuábamos una labor de facilitación. Él era conocido por sus trabajos sobre el campesinado y por sus publicaciones sobre la idea de promover una ciencia propia frente a un “colonialismo intelectual”. Hoy me doy cuenta de cierta proximidad con la idea decolonial que voy a mencionar más tarde. Este trabajo social con campesinos me permitió frecuentar a varios sociólogos del equipo de Fals Borda quien fue uno de los tres fundadores de la primera escuela de sociología en el país. El segundo fue el famoso sacerdote Camilo Torres, quien después de sus estudios de sociología en Lovaina, participó en esta labor universitaria y terminó creando un movimiento social y político, el “Frente Unido” que lo llevó a la fama y a convertirse en gran líder nacional y a integrar finalmente la guerrilla en donde pereció rápidamente. A él no lo conocí personalmente. La tercera fundadora fue Virginia Gutiérrez a quien conocí por razones familiares. Ella, como Simone de Beauvoir, nunca se declaró feminista, pero fue precursora de una sociología de la mujer y de la familia. Me encontré así trabajando con sociólogos de renombre, pero fuera de la universidad.

Desde allí me casé “por poder” con mi novia que se había quedado en Chile. Ella vino a Colombia e integró igualmente esta labor, pero rápidamente nuestro trabajo y nuestra presencia en el campo colombiano se hicieron cada vez más difíciles a causa de los opositores a la reforma agraria. En Chile la izquierda había llegado al poder y nuestros lazos con ese país se prestaron para tergiversaciones y sobre todo a causa del peligro que corríamos, dejamos el campo precipitadamente atravesando una montaña durante dos días a pie.

Retorno a Chile

Regresamos a Chile. Mi esposa había terminado estudios de artes y yo decidí ingresar a la carrera de sociología. La sociología que descubro en la Universidad de Chile corresponde al discurso en vigor en ese momento centrado sobre el paradigma marxista y alrededor del cual el consenso era generalizado. Por otra parte, el sentimiento de participar en “el proceso” consolidaba nuestra comunidad estudiantil. Sin embargo, esta unanimidad tenía tendencias, lo cual animaba un debate nutrido entre comunistas,

trotskyistas, castristas y algunos maoístas, entre otros. Me llamó la atención el caso de un estudiante singular que sistemáticamente se oponía y que defendía su punto de vista liberal y capitalista con gran ímpetu. Yo admiraba a la vez su tenacidad y por otra parte el respeto que los demás le concedían.

Sin ser un especialista en este tema, yo encuentro que, tanto en Colombia como en Chile, el método de aprendizaje estaba más cercano a la lectio romana que consiste en la interpretación de los textos buscando los diversos niveles posibles de interpretación. Método que a menudo encierra e impide una lectura crítica, pues el procedimiento consiste en buscar sistemáticamente las riquezas del texto. Pero la lectio también conduce a la acción. Finalmente, el leer, reflexionar y actuar de la lectio, correspondía perfectamente a la necesidad de darse teorías para la acción, lo cual era manifiestamente urgente en el Chile de 1970. Acción y teoría, teoría de la acción, era una actitud permanente.

Por lo que es de la interpretación de la situación chilena, la terminología que se usaba a menudo estaba directamente relacionada con el análisis de “las condiciones objetivas”, la “agudización de las contradicciones”, reformismo o revolución.

La vida cotidiana estudiantil en ese momento se repartía entre el trabajo universitario, la militancia y la participación al proceso con “las masas populares”. A menudo la clase quedaba interrumpida por algún estudiante que entraba y nos pedía salir a la calle inmediatamente, sea para ayudar a descargar camiones durante la huelga de los camioneros, para un trabajo voluntario, o para unirnos a protestas callejeras.

La empatía con los movimientos populares era total, lo que encarnaba una forma de alianza de clases que yo había vivido en Colombia con el “obreros y estudiantes, siempre adelante”, y en Chile yo descubría “el pueblo unido jamás será vencido”.

En Santiago me propusieron trabajar en el Ministerio de Economía en una sección dirigida por el general Bachelet, padre de la futura presidenta y muerto más tarde bajo la tortura. En ese empleo tuve una responsabilidad que me pareció útil y pertinente: el estudio demográfico para la distribución de alimentos según las necesidades y las costumbres de la población en cada barrio. Esta planificación era una medida de urgencia para hacer frente al boicot que creaba escasez y fomentaba el mercado negro. Mi oficina estaba en el edificio que se construyó para recibir en 1972 la reunión de la Conferencia de la Naciones Unidas sobre el comercio y el desarrollo (UNCTAD) que Chile recibió. Después del 11 de septiembre, el nuevo jefe, un militar, nos licenció a todos. El Palacio presidencial había sido destruido y la junta de gobierno tomó posesión del edificio. Mas tarde pude constatar que en el piso por encima de mi ex oficina, se había instalado Pinochet.

Yo iba a clase en la mañana y a partir del mediodía hasta la noche, trabajaba en el Ministerio. A menudo, en los fines de semana, me involucraba en actividades voluntarias en barrios populares participando en la construcción de mediaguas de madera. Los domingos tenía lugar el convencional almuerzo en casa de los suegros con sus otros hijos, una familia cada vez más dividida. Entre médicos, piloto, enfermera, ama de casa y estudiantes en artes, literatura y sociología, que la componíamos, no se lograba un acuerdo sobre la situación del país. Estábamos divididos, pero a la cita dominical no se faltaba. La familia se reunía, pero al mismo tiempo se desunía pues en ella se repercutían las divergencias políticas del momento.

Un Chile en efervescencia

Mi instalación definitiva en Chile sucedió en un momento muy estimulante. Desde mediados de los años sesenta reinaba en Chile un intenso clima intelectual que fue un terreno fértil para el desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas. El país recibió un gran número de intelectuales latinoamericanos en exilio, principalmente brasileños después del golpe de estado de 1964, como el sociólogo Fernando Henrique Cardoso, futuro presidente de Brasil, Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra, Ruy Mauro Marini, André Gunder Frank, Paulo Freire, Florestan Fernandes y muchos más. Los intelectuales chilenos se veían así reforzados.

Chile gozaba de un prestigio particular al haber sido elegido como sede latinoamericana de varios organismos de las Naciones Unidas que tenían sus sedes regionales en Santiago, como la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO) en 1946 o la CEPAL en 1948 que ya mencioné, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) en los años sesenta. De la misma manera, varias entidades internacionales, como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) o el Instituto latinoamericano de estudios sociales (Ilades), tenían su sede en Chile. Esta concentración de organismos prestigiosos parecía imposible para ese pequeño país, pero atrajo a algunos de los mejores profesionales de América Latina y de otras regiones. En ese momento, para un científico social latinoamericano, Chile era un lugar de referencia inevitable, un terreno de expertos y peritos en economía, ingeniería social y de desarrollo. A estas ciencias sociales del desarrollo vienen a agregarse los paradigmas de liberación y de revolución social. La teoría de la liberación se implanta en los sectores del catolicismo progresista y con su opción por los pobres introduce la sociología en la teología, haciéndole competencia a la filosofía. Al mismo tiempo esta nueva tendencia conduce a la emergencia de nuevos movimientos políticos provenientes del catolicismo progresista, que vienen a sumarse a las organizaciones y partidos populares tradicionales. Este modo de pensamiento cristiano entre ciencias sociales, filosofía y compromiso con los pobres, me hacía pensar en el sacerdote Camilo Torres de Colombia. Este regreso a Chile me hizo ver cómo, de la ingeniería social de adaptación al orden establecido se pasó a su transformación radical.

Esta posición estratégica y estas dinámicas intelectuales convirtieron a Chile en un laboratorio potencial de ideas y de producción de teorías adaptadas a la realidad latinoamericana. La sociología nació en la Europa de los desórdenes sociales creados por la revolución industrial, la de los Estados Unidos surge de la necesidad de responder con un reformismo social a las consecuencias de una hiper industrialización desenfrenada, y la sociología latinoamericana me parecía vivir en Chile en los años sesenta, un momento crucial porque en este país, aparte de los debates ideológicos y teóricos de la época, se estaban dando las condiciones para la elaboración de un camino propio para la sociología y las ciencias sociales de América latina. La brutalidad de las armas destruyó no solo las instituciones sino también un vivero de ciencias sociales en movimiento. Sin embargo, la querrela entre empirismo y teoría fue estéril e hizo perder tiempo. Faltó el sociólogo o la socióloga que, a la manera de Durkheim, quien introdujo la práctica de la especulación teórica o de Bourdieu, quien se propuso sobrepasar la querrela individuo contra colectivo, pudiera dar ese impulso que permitiera lanzar una sociología propia a las condiciones de las sociedades latinoamericanas. Existen múltiples ejemplos de rupturas epistemológicas en las ciencias sociales y humanas, pero en este caso las condiciones no se dieron, también por falta de tiempo. La ferocidad represiva del pensamiento

ganó finalmente. La carrera de sociología fue cerrada por el gobierno militar. Es muy significativo que el único extranjero que figuraba en la lista de personas a las cuales los militares pidieron “rendirse a las autoridades”, fue un investigador en ciencias sociales, el brasileño Dos Santos.

Durante mis momentos de formación sociológica en Chile, el hecho de frecuentar y de beneficiarme de los cursos y conferencias de muchos intelectuales de esta talla o asistir a encuentros con artistas de la nueva canción chilena que se difundía por el mundo entero o con escritores como Pablo Neruda, fueron momentos estimulantes que me quedaron grabados de forma permanente.

Constaté una cercanía y una sencillez en grandes pensadores que yo admiraba. Se daba una relación cordial con estos personajes. Dos Santos era conocido por ser particularmente sociable, afable, cálido y optimista. Ver a Paulo Freire empujar la Citroneta de un alumno, que se había quedado sin batería, me sorprendió. Y la invitación que él nos hizo a 5 estudiantes para un aperitivo en su casa con su familia, me corroboró la imagen de alguien sencillo y abordable.

Mas sorprendente fue cuando una mañana, viniendo de la facultad a buscar un libro en una librería situada no lejos del Palacio de la Moneda, me encontré con Salvador Allende en la vereda del Palacio, calle Moneda. Salió de un auto pequeño, me tendió la mano diciendo “mucho gusto camarada”. Yo, estudiante extranjero, vengo a estudiar en Chile y me encuentro en la calle con el presidente de la República que me saluda con mano tendida. Este hecho me marcó y lo recordé cuando supe que los aviones estaban bombardeando ese mismo lugar. Cuando más tarde vi la foto en la cual Allende, minutos antes de su muerte, estaba en la ventana de la Moneda armado con una ametralladora, a tres metros del lugar de nuestro encuentro, yo me sentí estar allí también.

Si Chile se había convertido en ese centro de atracción para intelectuales, artistas y observadores de Europa y América latina en particular, ese mundo me parecía pequeño y denso a la vez. En ese país en movimiento, mis sorpresas se multiplicaban y sobre todo debido a encuentros con personajes que marcaron la historia.

Un pensamiento latinoamericano

Sin embargo, más tarde ya en Francia, concluí que en Chile los debates teóricos y la praxis que los acompañaba, correspondían fundamentalmente a la interpretación, al desarrollo y a la adaptación de teorías clásicas elaboradas en Europa. Al mismo tiempo me di cuenta que el gran aporte, verdaderamente original a las ciencias humanas y sociales la estaban gestando peruanos, argentinos, mejicanos y colombianos principalmente, antes de extenderse al continente. Se trata de la teoría decolonial que desarrollan por caminos distintos autores como Aníbal Quijano ³, Enrique Dussel ⁴, Walter Mignolo ⁵ y Santiago Castro-Gómez ⁶ principalmente, dentro de una constelación de autores latinoamericanos.

3 Quijano, A. (2014). *A. Quijano, Cuestiones y horizontes : de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Clacso. <http://biblioteca.clacso>.

4 Dussel, E. (2006). *20 Tesis de política*. México, Siglo XXI Editores.

— (2003). “Europa, modernidad y eurocentrismo”, pp. 41-53, en Lander, E. (Comp.) (2003). *La colonialidad del saber : eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires, CLACSO-UNESCO.

Estos autores rompen con la euro dependencia epistemológica y proponen una reformulación de la modernidad euro centrada. Estas teorías no han llegado verdaderamente a Francia y en general cuando se mencionan, se hace alusión a “teorías de elaboradas en Estados Unidos” y esto porque algunos de los autores enseñaron en universidades estadounidenses y se hace una confusión entre “decolonial” y “postcolonial” teoría elaborada en Estados Unidos y más conocida y traducida al francés, pues los autores decoloniales citados, en general no son traducidos. Es solo en 2023 cuando en el ámbito universitario, investigadores latinoamericanistas han dado a conocer las teorías decoloniales ⁷.

El modelo universitario

En lo que se refiere a la universidad en tanto que institución, pienso hoy que allí se libraba una batalla entre, por una parte, el modelo salido de la reforma de Córdoba, Argentina en 1918 que dio origen a la mayor transformación de las instituciones universitarias en América Latina, reforma que pone de relieve la misión social de la Universidad, en donde el conocimiento es una construcción social en vínculo directo con la colectividad⁸. Y por otra parte el modelo que pretendían imponer los Estados Unidos que, haciendo tabla rasa del modelo de Córdoba, se acogen de un informe oficial, afirmando que la universidad latinoamericana era “medieval en su estructura y napoleónica en su forma y contenido”⁹ ignorando lo que fue la difusión de este modelo original y adaptado al contexto local. En efecto permitió a los sectores medios a través de la gratuidad, acceder a la enseñanza superior y permitió difundir la ciencia a través de la extensión universitaria. Por otra parte, esta reforma integraba la Universidad a la vida diaria de la sociedad, compartiendo los avances de la ciencia y contribuyendo a la solución de problemas cotidianos de los ciudadanos.

Ignorar este modelo pertinente y aun válido actualmente, permitía imponer el modelo anglosajón del informe Atcon basado en la idea del progreso y de la técnica para una universidad independiente del Estado en donde los profesores están para enseñar y los estudiantes para aprender. Calificando la Universidad de anacrónica y medieval se puede fundamentar bilateralismos simplistas: lo anticuado y lo moderno, lo actual y lo atrasado.

Comprendí que la universidad chilena que conocí, estaba más que nunca integrada en la vida de la sociedad, pero intrincada en la urgencia de producir conocimientos frente a una realidad compleja y contradictoria, a pesar de que la reforma de la universidad chilena era reciente.

5 Mignolo, W. (2010). *Desobediencia epistémica. Retórica de la Modernidad, Lógica de la Colonialidad, Gramática de la descolonialidad*. Buenos Aires : Ediciones del Signo.

6 Castro-Gomez, S. (1996), *Crítica de la razón latinoamericana*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

7 Colin, P. y Quiroz, L. (2023). *Pensées décoloniales. Une introduction aux théories critiques d'Amérique latine*. Paris. La découverte.

8 Ella incorporó la autonomía, la democratización de su gobierno, la gratuidad y la libertad de pensamiento.

9 Rudolph. P. Atcon, (1961) Informe: «La Universidad latinoamericana», Edición digital, (2009) C. Hernandez.

Fin de estadía en Chile

A nivel personal, la represión de los militares había afectado a una parte de mi familia chilena de los domingos. Empezando por mi esposa y yo, que, denunciados por vecinos que veían llegar muchos jóvenes a nuestra casa, fuimos apresados y después puestos en arresto domiciliario. No se nos podía acusar de nada, solo el delito de ser jóvenes y de haber sido denunciados por el hecho de frecuentar a otros jóvenes. Tuvimos la suerte de que esto no nos sucediera en los primeros momentos después del golpe en donde se eliminaron físicamente a estudiantes extranjeros, sin otra consideración. Hay que saber que, desde hacía unos años, los extranjeros llegados durante el gobierno de la Unidad Popular, eran mal vistos por los conservadores y sobre todo por la extrema derecha. Hablar con un acento extranjero, sobre todo de América Latina, podría ser peligroso, aun más después del Golpe. Yo por precaución, aprendí el acento chileno y cuando los militares vinieron a buscarnos, se extrañaron cuando vieron mis documentos de extranjería. Nos ayudó la Agencia de las Naciones Unidas para los refugiados, que nos alertó sobre el peligro de desaparecer si nos quedábamos en casa, como nos obligaba un documento que debimos firmar para salir de la cárcel. Supimos además de la desaparición de varias personas en casos similares. Las Naciones Unidas habían instalado un refugio para extranjeros que era un convento de monjas alemanas que huyeron del nazismo. Allí nos instalaron. Yo obtuve mi expulsión del país en calidad de extranjero, acompañado de mi esposa chilena y de nuestro bebé de año y medio. Mi cuñado, estudiante de literatura, fue arrestado después de habersele interceptado una conversación telefónica con Michelle Bachelet, la futura presidenta. Él no tuvo nuestra suerte y hoy hace parte de la lista de los desaparecidos cuyos restos no han sido hallados. Partimos entonces para Francia con una oferta de asilo.

Mi traslado a Francia

La nueva iniciación

En 1974 me inscribí en la Universidad de ciencias sociales de Grenoble, una de las tres de la ciudad, Hoy unificada con las otras dos bajo el nombre de Universidad de Grenoble. Entrar a hacer parte de la Universidad Francesa fue para mí un trastorno de mis representaciones, de mis imaginarios y de mi posición de estudiante. Me vi enfrentado no solo a un cambio de paradigmas, sino de método y de pedagogía, principalmente. Pude constatar cómo ciertos profesores practicaban el principio de la *disputatio* y no el de la *lectio* que yo había identificado en Colombia y en Chile. Este método consiste en debatir frente al profesor de manera contradictoria, lo que implica un conocimiento suficiente del tema para poder defenderlo o atacarlo. Supe más tarde que esta práctica fue el zócalo de las universidades de la edad media y estructuró durante siglos el pensamiento occidental. Método que me hizo ver la relación con el principio de tesis, antítesis, síntesis.

En mi círculo estudiante de Grenoble descubrí los nuevos códigos de la relación interpersonal a la vez basada sobre la vida de grupo y una más amplia libertad individual. Las relaciones entre los sexos más igualitarias y menos codificadas por la tradición. Las clases comenzaban con cierta puntualidad. Los apuntes del estudiante eran precisos, ordenados, subrayados, coloreados y sistemáticos. Al profesor se le escuchaba escribiendo, las preguntas eran escasas. Yo escribía mucho para practicar la lengua escrita

y me di la tarea de hacer preguntas. Actitud que apreciaban los profesores. Yo venía de Chile en donde los diálogos en clase eran permanentes.

Entrar en el universo de la sociología en Francia era para mí un desafío y un objeto de curiosidad. Sabía perfectamente que estaba en el país de Emile Durkheim, gran fundador, de Auguste Comte el promotor del neologismo “sociología”. Sabía que a lo largo del siglo que transcurría, las corrientes de la disciplina y las especialidades se habían ido multiplicando. Fui descubriendo progresivamente la multiplicidad de especialistas en los distintos objetos de la disciplina.

Por otra parte, los afrontamientos entre corrientes, que en Chile eran esencialmente entre estructuralismos y funcionalismos, en Francia eran más amplios, pero quizás el principal era entre holismo e individualismo. En cuanto a lo político dentro de la disciplina, lo que yo entendía como una forma de enfrentamiento “izquierda-derecha” lo veía entre, por una parte aquellos sociólogos, que siguiendo la tradición de Mauss, se comprometían con las izquierdas como Alain Touraine, o Pierre Bourdieu por ejemplo y por otra parte aquellos que se alineaban con el individualismo metodológico en cabeza de fila Raymond Boudon siguiendo lineamientos de Max Weber, también Raymond Aron que además de su enseñanza, tenía una columna permanente en *Le Figaro*, gran diario conservador en lo social y liberal en lo económico. El prestigioso Edgar Morin no tenía una gran resonancia en la Universidad como sociólogo, pero se fue convirtiendo en una verdadera institución con su teoría del pensamiento complejo y su método. Lo esencial de su carrera fue más como pensador que como sociólogo y de esta manera sobrepasó largamente la disciplina y es así como entendí cómo el sistema disciplinario francés protege, regula y encierra. Me di cuenta a lo largo de mis estudios que éramos orientados hacia la preservación de los límites de la sociología y la construcción de nuestra identidad de sociólogo. Después, durante la carrera profesional son los pares quienes atestatan de la pertinencia. Pero, paradójicamente, los grandes sociólogos que marcaban el espacio en esa época, a menudo venían de la filosofía. Existe una rivalidad importante entre las dos disciplinas, como si la joven sociología, quisiera imponerse por su capacidad a dar respuestas factuales y precisas, allí donde la filosofía se queda en lo abstracto y como si la filosofía fuese celosa de la joven disciplina que busca legitimidad¹⁰. En Francia se considera que la filosofía fue el lugar de gestación de las ciencias sociales, pero la lucha sobre las fronteras epistemológicas de las dos disciplinas fue importante durante la segunda parte del siglo XX¹¹. Me di cuenta que muchos de los sociólogos más notables venían de la filosofía, y que algunos seguían dialogando con ella por ejemplo Alain Touraine¹² o Pierre Bourdieu¹³.

Esta gran diversidad creaba en mí, sentimientos encontrados. Me invadían esperanzas y temores. Creo haberme refugiado en lo efímero, pues sólo esperaba regresar a Chile lo más pronto. Poco a poco el proyecto de volver se cerraba y la realidad local se imponía y mi verdadera integración se hacía evidente.

10 Calafat G. Laverigne C. et Monnet É. (2013). « Philosophies et sciences sociales : les enjeux de la Conversion », Tracés. Revue de Sciences humaines [En ligne], #13 2013, mise en ligne le 21 octobre 2013, consultado el 12 noviembre 2013. URL : <http://traces.revues.org/5684>

11 Bourdieu P. (1983), « Les sciences sociales et la philosophie », Actes de la recherche en sciences sociales, vol. 47-48, p. 45-52.

-Numero especial : (2004). Revue du Mouvement anti-utilitariste dans les sciences sociales (MAUSS), *Une théorie sociologique générale est-elle pensable ?* no 24, second semestre.

12 Touraine, A. (1992). *Critique de la modernité*. Paris. Fayard

13 Bourdieu, P. (1997). *Méditations pascaliennes*. Paris. Le Seuil.

El mundo estudiantil en Francia

Cuando llegué a Europa, el nuevo desarrollo económico de la postguerra había generado una nueva e injusta distribución de riquezas y creado nuevos desequilibrios sociales. En Francia este auge industrial y tecnológico aumentó las desigualdades y creó las condiciones para la emergencia de fuertes movimientos obreros. No hay que olvidar la adhesión inmediata de los obreros al movimiento lanzado por los estudiantes en mayo del 68. Paralelamente, los movimientos juveniles y estudiantiles en Europa habían girado hacia la radicalidad y la violencia, principalmente en Alemania en Italia y en Francia. Aparece así una fuerte similitud con movimientos radicales armados de América latina.

En el medio estudiantil, la politización no era generalizada pero los pequeños grupos eran radicales y se dividían principalmente entre los maoístas y los trotskistas. En ellos existía una fuerte simpatía por los movimientos revolucionarios de América latina, eran solidarios con los refugiados latinoamericanos e interesados por incluirlos en sus filas. En los "Mao" me llamó la atención su empatía con los obreros hasta llevar a estudiantes a integrarse a grandes fábricas como obreros lo que me hizo pensar en la actitud que vi en Chile por parte de sacerdotes jesuitas que dejaban su vida "burguesa" para ir a vivir en barrios populares. Fue el caso de uno de mis profesores el jesuita Gonzalo Arroyo, quien vendió su automóvil se fue a vivir en un barrio popular alejado, tomaba el bus para venir al Instituto todos los días. Sin embargo, en Francia la mayoría estudiantil no estaba movilizada en movimientos políticos o sindicales. En mi facultad de sociología, el debate era sobre las cuestiones teóricas y no sobre la praxis. La movilización a propósito de la cuestión estudiantil, era solo momentánea y la solidaridad con movimientos sociales, casi inexistente.

Mi inserción en otro mundo universitario

La organización de mi formación

A mi llegada a Paris había tenido la enorme sorpresa de encontrar casualmente en el aeropuerto a una de mis profesoras chilenas del pedagógico que me tenía en estima, Paz Espejo, quien enseñó también en Cuba. Ella estaba ya vinculada a la Universidad de Paris VIII Vincennes, conocida por sus métodos alternativos y su posicionamiento original y progresista. Ella me propuso ponerme en contacto con otros círculos universitarios en Paris, pero los organizadores de nuestra instalación nos habían ubicado en Grenoble, la "capital de los Alpes", ciudad universitaria famosa por sus premios Nobel y por su gran número de universitarios y de investigadores. Era el segundo polo de investigación después de Paris. Pude también entrar en contacto con otro de mis profesores chilenos, Gonzalo Arroyo, quien estaba ya vinculado con la Universidad de Paris Nanterre, conocida por haber sido el foco inicial del movimiento de mayo 68. Sabiendo mi interés por el mundo campesino, él me puso en relación con el creador de la sociología rural en Francia, Henry Mendras¹⁴. Posteriormente se me propuso integrar una sección de Sorbona ligada al desarrollo. Con mi esposa decidimos, no ir a Paris, en donde nuestra instalación con un bebé, iba a ser más compleja y como de todas maneras regresaríamos pronto a Chile, no valía la pena complicarse la vida. Sin embargo, el profesor Mendras

14 Mendras, H. (1967,1992). *La fin des paysans*. Paris. Actes Sud

me propuso seguir su seminario de los martes en Nanterre y Arroyo el suyo de desarrollo, también los martes en la misma facultad. Mi mundo universitario chileno se había extendido a Francia. Hice entonces una doble inscripción universitaria y los martes hacía más de mil kilómetros para mis clases parisinas. Tomaba el tren nocturno del lunes en Grenoble y después de 7 horas de viaje en coche cama, llegaba a París a las 7 de la mañana. Mi primer seminario era a las 9. Fueron momentos de bastante intensidad y descubrimientos.

No faltaban los encuentros inesperados con colegas o amigos exilados. Así encontré ocasionalmente a miembros de esta diáspora de sobrevivientes. Tuve por ejemplo el encuentro con Jacques Chonchol, mi exprofesor y exministro, en casa de amigos en Grenoble. Mi relación con Chile continuaba a través de la solidaridad, la información y el testimonio, lo cual exigía bastante tiempo. Lo hacía junto con otros exilados chilenos y grupos de ayuda.

La noción de carrera no existe

Descubrí esta forma de universidad, su pensum, su universo intelectual y constaté que la noción de “carrera” que yo conocía, no existía en este nuevo universo. Tampoco la idea de pregrado o de postgrado. En Francia, el estudiante se inscribe a cursar estudios dentro de una disciplina sin examen ni selección previa. Los estudios avanzan y de manera progresiva el estudiante adquiere diplomas de nivel y puede retirarse en cada uno de ellos para integrar la vida activa o cambiar de orientación. Al cabo de dos años de estudios iniciales, se obtenía el diploma de estudios universitarios generales (DEUG) que permitía pasar al tercer año y obtener la licenciatura y enseguida la maestría (*maîtrise*) en cuarto año. A partir del cuarto año, el estudiante escoge sea la vía “profesional” o la vía de investigación. Era en ese momento en que se hacía una primera selección, según las capacidades y los resultados. Ese quinto año otorgaba el diploma de estudios superiores especializados (DESS) si el estudiante deseaba acceder a la vida profesional en empresa directamente. O el diploma de estudios superiores avanzados (DEA) si deseaba continuar estudios en vía investigativa. Ese quinto año se terminaba con la sustentación de una tesis (*memoire*) que acreditaba para los unos la capacidad a ejercer el oficio en empresas o administraciones públicas y para los otros las competencias adquiridas para hacer investigación. Con este último diploma se podía postular a cursar el doctorado que tenía una duración de mínimo tres años. Cursar el doctorado exigía otra forma de selección, solamente había que encontrar un director el famoso “patrón de tesis”¹⁵. Es decir, un profesor habilitado a dirigir investigación, título que no todos los profesores poseen. En ese momento el estudiante estaba bastante libre de su propia organización¹⁶. Vi cómo este esquema, además de romper con el sistema de carrera, crea directamente dos tipos de sociólogos, los expertos profesionales diplomados a cinco años y los doctores participantes a la academia, es decir a la producción de saber y a la enseñanza, pues sin doctorado no se puede postular para ser apto a integrar el cuerpo profesoral.

En lo que me concierne, escogí la vía larga de investigación y de enseñanza. En efecto, para mí era imposible identificarme con un sociólogo solamente de terreno, trabajando

15 Actualmente la organización es el « 3, 5, 8 » : licencia 3 años, master 4 o 5 años, doctorado 8 años.

16 Hoy en día el doctorante integra la ‘Escuela doctoral y se beneficia de un seguimiento, un acompañamiento, una asistencia metodológica y una comunidad con la cual dialogar.

para la empresa pública o privada.

Posteriormente descubrí una originalidad francesa en la enseñanza superior de excelencia: las Escuelas Normales Superiores. Esta herencia de la revolución y actualizada en permanencia, estaba en principio, destinada a la formación de profesores y progresivamente evolucionó hacia la formación de científicos de alto nivel. La más conocida que es la de Rue D'Ulm en París, posee una de las tasas per cápita más elevada en premios Nobel, sobrepasando incluso a Harvard. A diferencia de las universidades, en donde no hay selección previa, el ingreso es muy selectivo por concurso y después de mínimo dos años de estudios superiores. Allí se forman élites intelectuales, políticas y científicas. El título de fin de estudios se llama Diploma de la Escuela Normal, simplemente. Mi gran sorpresa fue saber que allí se formaron grandes nombres de la sociología empezando por Emile Durkheim. Lo mismo Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Henri Bergson o Louis Pasteur, por ejemplo.

Durante ese tiempo descubrí que los principales debates de la sociología francesa se encontraban fundamentalmente entre dos enfoques: holista e individualista. Claro que el primero, alimentado por la tradición basada sobre Durkheim y Marx, era dominante y el segundo más Weberiano del racionalismo del actor individual y representado por grandes sociólogos franceses como Raymond Boudon quien retoma el famoso paradigma del individualismo metodológico utilizado por Weber. El enfrentamiento que viví, leyendo y escuchando a los dos grandes actores de los dos enfoques, Bourdieu y Boudon, lo sentí en un principio, con mis pocos elementos, como una especie de enfrentamiento “derecha e izquierda”, pero fui descubriendo los diferentes matices. Esto me ayudó definitivamente a salir de las visiones bipolares. Aprovechando el hecho de no haber pertenecido a ningún grupo de uno u otro bando, me dirigí, de manera un poco aventurada, hacia las interdependencias entre estructuras sociales y la acción individual, sin necesariamente privilegiar la una o la otra, sino buscando interrelaciones, agregados, trayectorias individuales y también regulaciones y determinismos. Es así como, en mi primer viaje a América Latina después de 20 años de no ir, constaté que las clases populares ya no estaban masivamente en sindicatos o en organizaciones sociales, tal que yo las había dejado a comienzo de los años 70, sino masivamente en iglesias evangélicas y pentecostales. Decidí estudiar este fenómeno y pasé más de 10 años recorriendo una docena de países latinoamericanos haciendo encuestas, observaciones, encuentros, participaciones y lecturas. Esto dio lugar a una publicación que resume lo que fue mi trabajo de Habilitación a dirigir investigaciones ¹⁶.

Finalmente, a partir de los años 80, el enfrentamiento francés entre “social” e “individual” fue desapareciendo progresivamente debido al avance en producción investigativa que fue relativizando las diferencias, pues las conclusiones eran finalmente muy similares.

La sociología actual se caracteriza por una enorme diversidad de corrientes, de enfoques y de especialidades. Es imposible reducirla a grandes corrientes estructuradas bajo paradigmas bien identificados. La asociación francesa de sociología (AFS) cuenta en cada congreso más de cincuenta especialidades y más de mil participantes, muchos son jóvenes doctorandos. En estas condiciones me es imposible hacer aquí un recuento general. Me atrevo a hacer una enumeración reducida a cuatro grandes corrientes: Una

14 Uribe, G. (2009). *Les transformations du christianisme en Amérique latine*. Paris. Éditions Karthala.

primera de deterministas, una segunda de la acción individual y su regulación, una tercera de la construcción social, de conductas y estructuras y una cuarta de la identidad social, interacciones y pertenencias. Asistimos a una gran vitalidad y pluralidad. Nuevos objetos, nuevos métodos, nuevos conceptos y nuevas corrientes. Algunos hablan de saturación, los optimistas de riqueza. Lo que es cierto es la gran dificultad para incorporarse a la universidad o la investigación. Para un puesto de profesor principiante, el número de candidatos oscila entre 80 y 150.

El doctorado es solo un comienzo

Pero para integrar la universidad y la investigación, el doctorado es un comienzo, no el final.

En efecto, se debe obtener en primer lugar un doctorado con una buena apreciación del jurado. Una nota baja es directamente excluyente. Enseguida se puede postular para ingresar en la lista de personas aptas para ser candidatas. No todos los doctores son admitidos, es necesario tener un buen historial. Es decir, buen doctorado, varias y buenas publicaciones en revistas reconocidas, comunicaciones en coloquios, congresos, etc. Una vez lograda esta inscripción, se es apto para postular durante un corto número de años. ¡Sin éxito en los concursos, nueva inscripción! Sabiendo que todas las universidades son públicas, todos los puestos del país son publicados anualmente por el ministerio de educación superior. La competencia es enorme pues se compite con un gran número de candidatos. Una primera selección se hace sobre los documentos presentados y un grupo reducido es convocado para una selección oral frente a un jurado formal de profesores. Ciertos candidatos esperan varios años antes de lograr la integración. Algunos de ellos pueden postular a puestos temporales de enseñanza e investigación. No hace falta insistir sobre el hecho de que este recorrido puede tener consecuencias devastadoras para algunos candidatos. Pero un procedimiento tan riguroso puede prestarse a distorsiones, puesto que todo está manejado por ... seres humanos. También descubrí la existencia de los “mandarines”. Sobrenombre que se daba a ciertos profesores que eran una especie de Estado en el Estado y que “dictaban la ley”, podían decidir de las carreras de cada uno, de las temáticas, etc. y tenían a su alrededor un séquito llamado capilla (“*chapelle*”) compuesta de incondicionales. Nunca fue mi deseo integrar círculos de ese tipo y rechacé proposiciones, a pesar de que esto me podría ser perjudicial.

Mi ejercicio como sociólogo

La titularización definitiva

A partir de mi cuarto año de estudios, y solicitado por la Institución, comencé a enseñar en la universidad con el estatuto de “asistente” (*vacataire*).

A pesar de que mantuve el deseo de volver rápido a Chile, el tiempo transcurrió y la idea se desvaneció. La solución era la integración a la Universidad francesa, sabía que la vía de sociólogo investigador y profesor es un camino lleno de obstáculos, pero me lancé finalmente. Hice dos DEA - equivalente hoy a dos masters - y el doctorado. Mas tarde debía realizar la Habilitación para dirigir investigación (HDR) que efectué en Paris y que

duró varios años de investigación.

Una vez que terminé este recorrido compuesto de múltiples concursos, varios estatutos precarios enseñando la sociología en diversas facultades, obtuve un puesto definitivo en la misma Universidad. Yo enseñaba la sociología general, de la familia y de la cultura principalmente, no enseñé la América Latina pero ya me había hecho una cierta reputación con mis exposiciones orales y conferencias sobre esa área geo cultural. La primera que efectué fue sobre las reformas agrarias en América latina. Allí gané el reconocimiento del profesor que más tarde me propuso dirigir mi doctorado. Otro de mis profesores, un historiador, había creado un grupo de investigaciones sobre América latina (Gresal) y en una ocasión me invitaron para dar una conferencia que se convirtió en una invitación para ingresar al grupo. Finalmente, después de haber sido director adjunto de este grupo por algunos años, tomé la dirección que conservé diez años. A diferencia de otras ciudades universitarias intermediarias en Francia, como Toulouse o Poitiers, el latino americanismo nunca existió en Grenoble salvo los escasos contactos y experiencias individuales de profesores e investigadores. En un principio creí poder crear un polo significativo del latino americanismo, logré una buena presencia inicial en el nuevo “Institut des Amériques” organismo interuniversitario regionalizado, pero los obstáculos que encontré para un verdadero desarrollo fueron múltiples, desde los institucionales hasta los personales. Sabiendo que en ese momento eran tres universidades que había que convencer, la tarea era a muy largo plazo, inmensa y desgastadora. El combate no era ni científico, ni epistemológico sino político y abandoné entonces este camino.

Las redes con América latina

Me centré en la Maison des Sciences de l’Homme Alpes (MSH-Alpes), un centro de investigaciones en ciencias sociales y humanas que agrupaba todas las universidades y que integró a mi grupo de investigación. Desde allí desarrollé relaciones de colaboración con universidades latinoamericanas en varios países. Era una actividad que, aparte de Brasil, nunca había sido hecha en mi Universidad que por tanto fue creada en 1339. Yo encontré que había una oportunidad para crear una dinámica internacional a partir de objetos comunes.

Consideré útil responder a la necesidad de cotejar conocimientos. La comparabilidad y la Inter difusión no dejaba duda. Pensé en la posibilidad de acompañar recorridos conceptuales y de compartir interrogaciones disciplinarias, metodológicas y epistemológicas. Esta era también, desde mi punto de vista, una oportunidad para combatir a la vez localismos, etnocentrismos y ostracismos declarados o inconscientes.

Para dar el primer impulso, decidí efectuar viajes a algunos países latinoamericanos por mi propia cuenta para crear vínculos y convencer a mis autoridades universitarias, un tanto reticentes en un comienzo. Por otra parte, decidí presentar proyectos dentro de dispositivos nacionales, regionales y europeos. Ganamos varios de ellos. Colombia y Chile fueron los primeros, siguieron Brasil, Méjico, Argentina, Bolivia y Cuba, principalmente. Me acostumbré a no pedir recursos económicos para mis seminarios y coloquios internacionales. Los encontraba ganando concursos y por otra parte la Maison de Sciences de l’Homme-Alpes (Msh-Alpes) nos daba un apoyo sólido. La actividad se desarrolló rápidamente y estudiantes latinoamericanos, sobre todo doctorandos

comenzaron a afluir. Los colombianos eran los más numerosos y se creó con ellos una actividad abierta, especie de seminario permanente que llamamos “Forum Colombie”. La responsabilidad de esta animación, reposaba sobre los doctorandos. Recibí también a postdoctorandos latinoamericanos y a numerosos colegas en intercambio en el marco de proyectos conjuntos de investigación.

Valorización y difusión

Por otra parte, con el apoyo de la MSH, decidí crear, aparte de nuestros encuentros científicos, un seminario abierto y permanente sobre América latina. Este espacio permitía que asistiera cualquier persona universitaria o no. Esto causó convulsión en ciertos colegas que no veían muy bien la llegada de personas exteriores y no diplomadas a estos encuentros. Era una especie de “expansión universitaria” sin el nombre y con la particularidad de que había una mezcla de categorías sociales y socio-profesionales. La hora de esos encuentros era al final del día para permitir asistir todos. Después de mi retiro de la Universidad, constaté que este tipo de práctica se oficializó finalmente.

Mis publicaciones fueron el resultado de múltiples trabajos de investigación en varios países latinoamericanos sobre todo en México, Brasil y Colombia. Libros que fueron publicados por varios editores franceses. Enseñé y fui invitado en universidades de América Latina, Estado Unidos, África y Europa.

En el Gresal, la producción de trabajos fue tal, que decidí crear una revista: *Les Cahiers du Gresal*, y así valorizar trabajos de colegas franceses, europeos y latinoamericanos, no solo sociólogos sino de todas las disciplinas de las ciencias sociales. Mi deseo era permitir abrir las fronteras de diálogo y una reapropiación crítica de saberes y competencias. Decidimos publicar solamente en francés para difundir y apoyar la francofonía en América latina, tema al cual yo fui particularmente sensible en tanto que miembro y posteriormente presidente de la Alianza Francesa de Grenoble. El Gresal se convirtió en un lugar de encuentro y de animación latinoamericana para estudiantes de todas las disciplinas. Exposiciones, conferencias y encuentros diversos permitían valorizar el trabajo de investigadores locales y de América Latina.

Mi última etapa y mis interrogaciones finales

Retiro y continuación

Así, el tiempo corrió y llegué a la edad en la cual debía dejar obligatoriamente la Universidad es decir los 65 años (pude prolongar hasta los 68) momento en que dejé de ser funcionario y adquirí entonces el título de profesor honorario, el cual me permite participar en jurados de doctorado, investigaciones, coloquios y otras actividades científicas, sin dirigirlas.

Esta nueva libertad me condujo a interrogaciones fundamentales sobre el sentido de la separación estricta de las disciplinas de ciencias sociales y a lo que fueron mis dudas iniciales de escoger entre sociología, antropología o filosofía y concluyo en la necesidad inevitable de transdisciplinariedad en ciencias sociales y humanas.

Poco tiempo después de este retiro, fui contactado por una “Universidad Inter-edades” (*inter-âges*) en donde me fue propuesto el curso de sociología que acepté. Identifiqué ese tipo de universidad como otra singularidad francesa, pero es una forma de enseñanza que apareció en Europa a mediados del siglo XIX. En Francia, cuando la escuela se hizo obligatoria a fines de ese siglo, hubo una generación que no se benefició de la escuela y se crearon asociaciones privadas destinadas a difundir el saber en la población adulta. Fue lo que se llamó Universidad Popular. A mediados del siglo XX, aparecieron también las Universidades del tiempo libre y de “todas las edades”. La Universidad Inter-edades existe en Grenoble desde los años setenta y cuenta con más de doscientos profesores y cerca de seis mil estudiantes. Allí encontré a colegas de mi Universidad de origen, y junto con especialistas de diferentes horizontes, enseñamos de manera voluntaria y sin remuneración, a un público adulto de todas las edades.

Este proyecto me hizo pensar a la vez en mi actitud de “extensión” universitaria que practiqué en el Gresal y a la reforma de Córdoba en sus aspectos de difusión del saber hacia el resto de la población y a la utilidad social de la institución universitaria.

Así comencé a difundir teorías y a hacer análisis sociológicos para un público no especialista. Aprendí a enseñarle a una población adulta y descubrí que la disciplina interesa al público en general, pues ese curso se convirtió en el más acudido de la Institución. Yo entiendo que las numerosas interrogaciones que se hacen los ciudadanos sobre el mundo actual, sus incoherencias flagrantes y los conflictos merecen un lugar para recibirlos. La urgencia de búsqueda y de actualización de conocimientos es evidente.

Actualmente he sido solicitado por entidades colombianas para explicar esta idea de universidad abierta, que aún no existe en ese país. Espero hacerlo próximamente. La vida continúa y otros espacios se abrirán.

Durante estos cincuenta años vi de lejos la eclosión de un pensamiento sociológico latinoamericano propio. Si hasta la época de mi estadía en Chile, advertí lo que fue globalmente una interpretación local de teorías europeas, ya se estaba gestando progresivamente un pensamiento original que se desarrolló allí durante mi estadía en Francia y al cual no participé. Hoy observo con atención la teoría decolonial que se impuso progresivamente y veo esto como el aporte más original que la sociología y las ciencias sociales latinoamericanas hayan elaborado. Es esta emancipación que no conocí la que hoy nos llega a Europa. La rueda está girando.